

La que oye brujas, duende la desvela,
y ve en cada esquinazo la fantasma;
que al mal ladrón de miedo enciende vela;
que al entrar el murciélago se pasma,
que á cada trueno grita y se las pela,
aplique á otro tumor su cataplasma.
Vedo en vocablos melindroso dengue,
como la que al demonio llama el *mengue*.

Dulce no pruebe con goloso dedo,
ni cace pulgas y ante mí las mate;
de cobarde ratón no finja miedo,
ni lucio gato mi cariño empate;
fuera doguito, que si eructa acedo
cueste más muecas que la rima al vate.
¿No da toda mujer pícaros ratos,
sin que traiga además perros y gatos?

De que nuestro vecino vaya ó venga
jamás haga platillo á la ventana;
ni flatos gaste, ni vapores tenga,
gimiendo sin cesar rolliza y sana;
al tocador los siglos no entretenga,
y no almuerce á las mil de la mañana;
en paz las horas cuéntelas conmigo:
una de amante, veintitrés de amigo.

De trato señorial, de porte serio,
procure sin afan la buena fama;
huya el descoco y aire de misterio;
sepa de burlas, odie la sofama;
no haga la niña, no hable con imperio,
y no viva en la calle ni en la cama,
ni la moda poniendo por escudo,
nadie estudie en sus carnes el desnudo.

Sólo en pensarlo pierdo los estribos.
¿Cuándo doncella ó recatada esposa
se vieron en España en cueros vivos?
¡Oh siglos! ¡Oh costumbres!. Quejumbrosa
musa ¡chitón! Los tiempos primitivos
goza mi patria (¡presunción gloriosa!)
del feliz paraíso, dando pruebas
de ser todos Adanes, todas Evas.

Digo, volviendo al destripado cuento,
que mi futura y muy señora mía
ni ha de hacer de mi hogar triste convento,
ni casa con resabios de behetria.
Mano á mano con ella yo contento,
ella gozosa en dulce compañía,
mudo silencio no me dé modorra,
ni vértigos mujer fondo en cotorra.

Cuando por dicha caro fruto tenga,
corra á mi cargo señalar compadre;
con *hijo mío* no me empiece arenga,
ni exija que á mi suegra llame madre;
no porque tarde pocas noches venga,
en falsete ó tenor me gruñá ó ladre.
Niña que luzca su procaz bolero,
ni chico fabulista, no los quiero.

No espere que yo sufra en su embarazo
de anteojos la ridícula cadena,
joya del viejo, del galán abrazo;
trayendo á casa cuanto ve en la ajena.
¿No es una gracia que hasta el fin del plazo
el marido simplón, ánima en pena,
sustos temiendo, flujos y traspieses,
esté el sandio de parto nueve meses?

Ni la sucia costumbre asaz frecuente
de cenar en la cama arrellanada,
y mientras males al marido miente,
reprueba el guiso, riñe á la criada,
y ensarta avemarías juntamente,
todo al compás de grave cabezada;
pues glotona, devota, floja y bronca,
masca á un tiempo, murmura, reza y ronca.

¿Y qué diré de la que á trochemoche
de su gran dote sin cesar blasona,
rompe galas sin fin, vive en el coche,
luciendo en todas partes su persona;
de visita en función mañana y noche,
locuras con locuras eslabona,
derrochando sin término ni cuenta,
y porque trajo seis gasta sesenta?

No en mis días sufrir la extravagancia
de que falsa española se me engringue,
que hasta el pan y turrón quiera de Francia,
que con París me muele y me jeringue,
y á flaca bolsa chupe la sustancia
el modisto francés monsieur La-Pringue.
Seda de Murcia, paño de Segovia,
Mantel gallego... ¿No? Pues vade, novia.

Marimacho no luzca en un caballo
en su rollizo muslo pantalones;
de ningún tribunal me explique fallo
ni por sólo intrigar suba escalones,
ni de escribir sus dedos críen callo
por tener hasta en China conexiones.
Pues más quisiera al mes un galanteo
que no oírta exclamar: ¡Juan, qué correo!

Zurcir á cada paso un *ya...* ¿*me explico?*
Con que... Pues..., ¿eh?, mi sufrimiento abisma.
¿Y aquel en horas no cerrar el pico
por cada duelo, que renueva un cisma?
¿Y aquel dale que dale al abanico
en visita, ¿con quién?, ¿consigo misma?
¿Y el no soltar espejo ó cornucopia,
jamás harta de ver su imagen propia?

No mi mujer visite á todo el mundo
de sangre azul por ser de sangre goda.
¡Pobre de mí surcando el mar profundo!
Que vino..., que se va..., que se acomoda.
¡Yo correr noche y día furibundo,
pésame tras festín, duelo tras boda!
¡Yo malgastar al año mil pesetas
en renovar diez veces las tarjetas!

No sufro..., dije poco, yo abomino
de naipes en mujer el gusto ciego,
y en el monte, malilla ó revesino
ver fundir mi caudal á lento fuego.
¿Lento? ¡Ya, ya! ¡Gracioso desatino!
No es sino acometerle á sangre y fuego
como antaño Leonor la moigata,
que jugó su berlina y volvió á pata.

Pierde, ¿y qué? ¿Nada más? Iras y enojos
vomita en casa, despechada y ciega,
rayos escupen sus airados ojos,
¡triste del criado que á su encuentro llega!
Son de su fatua cólera despojos
cintas, flores, airón, con todos pega,
sobre el lecho vestida se derroca,
rayos lanzando su blasfema boca.

Trague la mar la falsa y zalamera,
que dice relamida: «Esposo mío,
¿ves aquel nubarrón? No salgas fuera,
Guarda la cama mientras quiebra el frío.
Plugiuese al cielo que por ti tosiera!
No más prado, mi bien, ya cae rocío.»
Y de envidia se come y se remuerde
si al paso encuentra una viudita verde.

Lejos de mí la dueña publicista,
hecha edecán con faldas del dios Marte,
que de Alejandro explica la conquista,
manchas, vados, botín, parte por parte,
no pierde simulacro ni revista;
en batalla campal con Bonaparte,
sueña que de un revés le deja cojo,
y del golpe al marido vacía un ojo.

Contempla el pobre tuerto á su heroína
envuelta siempre en mapas y gacetas,
y el Juan Tanas se dice: ¡Alma mezquina!
«¿Cuándo tendrán su vez rotas calcetas?
¿Cuándo dará una vuelta á la cocina?
¿Visto ni cómo bombas ni saetas?
¿Hay desgracia mayor, más triste estado
que estar con Montecúculi casado?»

¡Mala landre devore á patizamba,
amén de chata, tiesa y linajuda!
Porque tuvo un abuelo butibamba,
en su obsequio el esposo en vano suda.
Encarece los tiempos del rey Vamba,
manda severa y habla campanuda
y ni advertencias ni labor consiente
en honra y gloria del señor pariente.

«Sébase, dice, que mi quinto abuelo
fué copero mayor del rey Perico,
y en memoria tres cubas y un majuelo
tengo en mi escudo, y por cimera un mico.
Adórmanle dos mitras y un capelo...»
Basta, basta: de alcurnias no me pico
fórrese en sus diplomas y blasones,
y cómanla con ellos los ratones.

Tampoco sabihonda: ¡Dios me guarde!
Asco da la mujer sobre un *in-folio*.
La que á Plauto comenta y hace alarde
de ilustrar á Terencio en un escolio;
la que cita á Nasón mañana y tarde,
apostillando á Grevio y á Nizolio,
vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto
y busque entre los getas algún tonto.

¿Dómine por mujer? ¿Purista? ¿Cuerno!
¿Qué tilde escapa de sus uñas horro?
¡Armar un zipizape sempiterno
porque en lugar de gorra dije gorro!
¡O bien porque escribí sin *h* invierno
verme tratar de bárbaro y de porro,
y dar la casa y la quietud al diablo!
¿Por qué? ¡Crimen atroz! ¡Por un vocablo!

Otrosí, traductoras abrenuncio;
harto habla una mujer sin diccionarios.
De caletre infeliz pícaro anuncio
es llenar de sandeces los diarios.
De Jansenio y Molinos trate el Nuncio,
de hierbas y jarabes, boticarios,
los pilotos, del viento y de la luna...
¿Qué toca á la mujer? Mecer su cuna.

¿De nada ha de hacer gala? Sí: de juicio.
¿No ha de tomar noticias? De sus eras.
¿Jamás ha de leer? No por oficio.
¿No podrá disputar? Nunca de veras.
¿No es virtud el valor? En ellas vicio.
¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;
que no hay manjar que cause más empacho
que mujer trasformada en marimacho.

¡Voto á bríos! Lo mejor se me olvidaba,
la sal del huevo, la esencial receta.
Primero unido con astrosa esclava
de medio palmo de atezada geta;
antes marido de una infame Cava
y al remo vil de bárbara goleta,
que sufrir en mujer ni en cosa mía
la nueva secta de *sensiblería*.

¿Sus desmayos pintar? ¡Ocioso anhelol,
pues no lo hiciera ni el pincel de Goya.
¿Matan pollo ó pichón? ¡Válgame el cielo!
Baja el soponcio al punto por tramoya.
¿Se va Paquita? ¿Toma Juana el velo?
¿Se murió el colorín? Aquí fué Troya;
ya le dió el patatús. ¡San Timoteo!
¿Qué gestos, qué bregar, qué pataleo!

Mas ¡hola! ¿Dónde están? ¿Y mi auditorio?
Ni una avispa quedó del avispero.
¿Ni una siquiera? Más que un locutorio
habla esta soledad. ¡Bodorrio huero!
Convirtiósse en viudez mi desposorio.
No hay esperanzas: me quedé soltero.
¡Suceso extraño! ¡Cosa nunca oída!

Primer sermón sin hembra no dormida.

Adiós, amigas; próspero viaje;
mi paz huyera de teneros cerca.
Más quiero en pobre ermita mi hospedaje
que vivir con mujer voluble, terca,
locuaz, sosa, gazmoña, abencerraje,
fisgona, ruda, necia, altiva, puerca,
falsa, golca, y... basta, musa mía:
¿Cómo apurar tan larga letanía?

Quédense, que ya es tarde, en el tintero
la que al de Padua lo zambulle al pozo,
la que jalbega el arrugado cuero,
la que con vidrio y pez se rapa el bozo,
la que trece no sienta á su puchero,
la que al rosario toma cuenta al mozo,
la que reza en latín sin saber jota,
ó hace de linda siendo una marmota.

La que escudriña toda ajena casta,
la que come carbón y cal merienda,
la que el habano fuma y rejón gasta,
la que de rifa en rifa lleva prenda,
la que en reir es agua por canasta,
la que no compra y va de tienda en tienda,
la que cura los males por ensalmo
y siembra chismes mil en medio palmo.

La que al marido más que el mozo sisa,
la que engulle sin él, con él no cena,
la que siempre sentada está de prisa,
la que sale á semana por novena,
la que atraca á pillar la última misa,
la que lleva en la bolsa una alacena,
la que escabecha el pelo por la noche
y se charola el rostro como un coche.

Mas ¿quién el guapo que á contar se atreve
sus gracias todas? Con menor faena
dirá las gotas que un invierno hueve,
y del cerúleo mar la rubia arena.
Confieso, porque el diablo no me lleve,
que es un ángel mujer que sale buena.
¡Así el cielo de allá me la enviara
de veinte abriles y donosa cara!

J. DE VARGAS PONCE.

Octavillas:

Persuadía un tordo abuelo,
lleno de años y prudencia,
á un tordo, su nietezuelo,
mozo de poca experiencia,
á que, acelerando el vuelo,
viniese con preferencia
hacia una poblada viña,
é hiciese allí su rapiña.

—«Esa viña ¿dónde está
(le pregunta el mozalbete),
y qué fruto es el que da?»

—«Hoy te espera un gran banquete,
(dice el viejo), ven acá;
aprende á vivir, pobrete.»
Y no bien lo dijo, cuando
las uvas le fué enseñando.

Al verlas saltó el rapaz:
—«Y ésta es la fruta alabada
de un pájaro tan sagaz?
¡Qué chica! ¡Qué desmedrada!
Ea, vaya, es incapaz
que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
en una huerta, y mejor.»

—«Veamos (dijo el anciano);
aunque sé que más valdría
de mis uvas sólo un grano.»

A la huerta llegan ya;
y el joven exclama ufano:
—«¡Qué fruta! ¡Qué gorda está!
¿No tiene excelente traza?»
—¿Y qué era?—Una calabaza.

IRIARTE.

Octavillas italianas:

AMOR

Hoy mi Dorisa
se va á la aldea,
pues se recrea
viendo trillar,
sígola aprisa:
cuantos placeres
Mantua tuvieres
voy á olvidar.

Que ya no quiero
más dignidades
las vanidades
me quitó Amor.

ni fama espero,
ni anhelo á nada;
sólo me agrada
ser labrador.

N. MORATÍN.

Décimas son las estrofas de diez versos octosílabos que van divididos en dos períodos, de cuatro versos el primero, que es una redondilla, y de seis el segundo: las rimas pueden ser colocadas al arbitrio del versificador; por esta razón son estas estrofas de mucha variedad. Llámense también *Espinelas*.

UN BEBEDOR

Hubo un hombre vizcaíno
por nombre llamado Juan,
peor comedor de pan
que bebedor de buen vino.
Humilde de condición
y de bajos pensamientos,
de corta disposición
y de flaca complexión,
pero de grandes alientos.

Fué devoto en demasía,
especial de San Martín
y de los montes del Rhin
y valle de Malvasía:
y con esta inclinación,
aunque delicado y flaco,
prometió con devoción
obediencia y religión
al poderoso dios Baco:

En la cual fué tan constante
que el fervor de la niñez,
creciendo con la vejez,

iba con tino adelante;
y con el fuego de amor
su rostro todo inflamado
de aquel divino licor,
mudó su propio color
en moreno y colorado.

Tuvo con esto á la par
una risica donosa
de Marta la piadosa,
dispuesta para colar;
y de la continuación
del estrecho coladero,
hizosele en conclusión
sed perpetua en el pulmón
y callos en el gargüero.

Por lo cual fué menester
sin que excusar se pudiese,
que siempre, siempre tuviese
por no morir, que beber
pero junto al paladar
tuvo una esponja por vena,
que, acabada de mojar,
se le tornaba á secar
como el agua en el arena.

De suerte que todavía
la sed se le acrecentaba,
porque lo que la mataba,
eso mismo la encendía
y las ganas le crecían
como llamas en la fragua,
que se avivan y se crían
cuanto más más las rociaban
los herreros con el agua.

Y con esta sed devota,
hecha natural costumbre,
no le era más un azumbre
que si bebiera una gota;
y de estar así embebido
en el comer de continuo
andaba tan aturrido,

encorvado y sometido
al espíritu del vino.

En fin, su beber fué tal,
que mil veces peréciera
si Dios no le socorriera
con un amo liberal;
mas, no bastando á la larga
renta, viña ni majuelo
á matar la sed amarga,
hubo de dar con la carga,
como dicen, en el suelo.

Mientras monedas había,
que la bolsa lo bastaba,
con ella se remediaba
lo que la gana pedía;
pero no pudiendo dar
fin á tan larga demanda,
á luego luego pagar,
fué menester enviar
sus prendas á Peñaranda.

Las más partes de las cuales
por sus cuentas, rematadas
y en un jarro sepultadas
quedaron por sus cabales.
Es lástima de decir,
y mayor era de ver,
que al tiempo de despedir,
«ojos que las vieron ir
nunca las vieron volver.»

Bebió calzas y jubones,
y en veces ciertas espadas,
camisas de otro labradas,
bolsas, cintas y cordones;
bebió gorras y puñal,
y papahigo y sombrero,
y el sayo, que era el caudal,
y del ajuar principal,
que fué las botas y cuero.

En fin, bebió sus alhajas
hasta no dejar ninguna,

consumidas una á una
al olor de las tinajas.
Y demás de eso bebió,
todo cuanto pudo haber,
hasta el cuero en que paró,
que cosa no le quedó,
sino el alma, que beber.

Yéndose, pues, á morir
porque el beber fallecía,
y si siempre no bebía
era imposible vivir,
arrimado á la pared,
hincó en tierra los hinojos
por pedir á Dios merced:
Y dijo, muerto de sed,
llorándole entrambos ojos:
«Oh, dios Baco poderoso,
mira que bien te he servido,
y no me echés en olvido
en trance tan peligroso!
Mira que muero por tí
y por seguir tu bandera,
y haz siquiera por mí,
si es fuerza morir aquí,
que al menos de sed no muera.»

Acabada esta oración,
sin del lugar menearse,
súbito sintió mudarse
en otra composición.
El corpezuelo se troca,
aunque antes era buen chico,
en otra cosa más poca,
y la cara con la boca
se hicieron un rostrico.

Las piernas se le mudaron
en unas zanquitas chicas;
los brazos de dos alicas
encima dél asomaron;
cobró más el dolorido
dos cornecidos por cejas,

por voz un cierto sonido
 á manera de ruido,
 enojoso á las orejas.
 En fin, fué todo mudado
 y en otro ser convertido.
 Pero no mudó el sentido,
 solicitud y cuidado.
 Quedándole entera y sana
 la inclinación y apetito,
 sin mudársele la gana,
 mudó la figura humana
 y quedó hecho un mosquito.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.

Sonetos. Dase este nombre, no á una estrofa especial, sino á un compuesto de dos cuartetos y de dos tercetos. Los cuartetos riman primero con cuarto, quinto con octavo, segundo con tercero, sexto y séptimo: los tercetos riman sin regla con tal de que no terminen en pareado. Algunos sonetos llevan más versos de los catorce y entre ellos un heptasílabo.

LA OPINIÓN

La sien latiendo, turbia la mirada,
 teñido el rostro de rubor sangriento,
 la espléndida melena suelta al viento,
 la vestidura al seno desgarrada;

Ella me ciñe en lúbrica lazada,
 trémulo el cuerpo, el labio macilento,
 con honda sed bebiéndome el aliento,
 en su boca mi boca aprisionada.

¡Oh visión, que mis sueños envenenas
 y en lava de volcán hinchas mis venas!
 ¿Quién eres, di, mujer, deidad ó arpía?

—Soy la opinión, tu esclava y tu tirana;
 hoy, transida de amor, tu barragana;
 ayer, tu dama infiel con befa inimpia.

A. DE LOS RÍOS Y ROSAS.

EN LA MUERTE DEL EMINENTE ACTOR CARLOS LATORRE

¡Todo acabó: la gloria y su dulzura,
 y el noble afán, y el entusiasmo ardiente,
 y el levantar la creadora mente
 sobre el mísero mundo y su amargura!
 ¡El eco aun de los aplausos dura
 que le rindió la alborozada gente;
 y aquella noble y despejada frente,
 esconde ya la avara sepultura.

Adiós, Carlos, adiós; mientras severo
 el canto de cien vates tus loores
 se prepara á entonar, y con esmero
 tu corona á tejer, rica en colores,
 yo, discípulo, amigo y compañero,
 regaré con mis lágrimas sus flores.

JULIÁN ROMEA.

Silva es una estrofa formada con versos no isosílabos, y muy propia para las composiciones largas, pues en ella se puede rimar cruzando ó pareando los consonantes y aun dejar versos sueltos: préstase á todos los tonos.

A LA ROSA

Pura, encendida rosa,
 émula de la llama
 que sale con el día,
 ¿cómo naces tan llena de alegría,
 si sabes que la edad que te da el cielo
 es apenas un breve y veloz vuelo?
 Y no valdrán las puntas de tu rama
 ni tu púrpura hermosa
 á detener un punto
 la ejecución del hado presurosa.

El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió Amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas;
y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aun no las alas abrasadas
y ya vuelan al suelo desmayadas:
tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento ó muerte llora.

FRANCISCO DE RIOJA.

A LAS RUINAS DE ITÁLICA

Estos, Fabio, ¡ay! dolor que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fué; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:

este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
impio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido á trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues, fieras, ¡ay! está el desnudo
luchador? ¿Dó está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aún el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros á los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna y la que baña
el mar, también vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
coronados los vieron los jardines,
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada;
casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas;
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
así á su antiguo muro,
y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas
joh patria de los dioses y los reyes!
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades,
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡jay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente,
que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio ó religión fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada
que en la noche callada
una voz triste se oye, que, llorando,
Cayó *Itálica* dice: y lastimosa,
eco reclama *Itálica* en la hojosa
selva que se le opond, resonando
Itálica; y el claro nombre oído
de *Itálica*, renuevan el gemido
mil sombras nobles de su gran ruina:
¡tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido
huésped, á sus sagrados manes debo,
les dó y consagro, *Itálica* famosa.
Tú, si lloroso don han admitido
las ingratas cenizas, de que llevo
dulce noticia asaz, si lastimosa;

permíteme, piadosa
usura á tierno llanto
que vea el cuerpo santo
de Geroncio, tu mártir y prelado:
muestra de su sepulcro algunas señas,
y cavaré con lágrimas las peñas
que ocultan su sarcófago sagrado;
pero mal pido el único consuelo
de todo el bien que airado quitó el cielo.
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
para envidia del mundo y las estrellas.

FRANCISCO DE RIOJA.

Lira es una estrofa de cinco versos, de los cuales el primero, tercero y cuarto son heptasílabos y el segundo y quinto endecasílabos; riman primero con tercero y segundo con cuarto y quinto.

CANCIONES

I

1. En una noche obscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.
2. A obscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
¡oh obscuras encelada,
estando ya mi casa sosegada.
3. En la noche dichosa,
en secreto que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

4. Aquesta me guiaba
mas cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

5. ¡Oh noche, que guiaste,
oh noche amable más que el alborada!
¡Oh noche, que juntaste
amado con amada,
amada en el Amado trasformada!

6. En mi pecho florido,
que enteró para él solo se guardaba,
allí quedó dormido:
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire de la almena,
cuando ya sus cabellos esparcía
con su mano serena,
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

8. Quédeme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

II

CANCIÓN ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?;
como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y ya eras ido.

2. Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero,

si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y mauro.

3. Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

4. ¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!,
decid si por vosotros ha pasado.

S. J. DE LA CRUZ.

Hay otras varias estrofas de rima perfecta que se sujetan á una norma fija, pero que no se denominan por todos de igual modo.

Véanse los modelos que insertamos más adelante.

Romance. Llámase así toda serie de versos de la misma especie que lleva asonantados con la misma asonancia todos los versos pares y conserva libres los impares. Se escriben con versos pentasilabos, hexasilabos, heptasilabos y endecasílabos: los escritos con octosílabos son los que por antonomasia se denominan romances.

ROMANCE

Por cabo de cien jinetes
el noble Gutierre marcha
sobre el campo de Gumiel
desde la Fuerza de Aranda;

El más valiente caudillo
de cuantos ve la campaña
desde el Duero al claro Tormes,
desde el Pisuegra al Adaja.

Monta una manchada yegua,
que á riberas del Riaza
nació á ser exhalación
y asombro de las comarcas.

Lleva pendiente del hombro
una berberisca adarga,
á Celín ganada, jeque
de Medina y Almenara.

En la vigorosa diestra,
defensa ya de su patria,
rige el animoso joven
un recio roble por asta.

Una ancha cuchilla cife,
en mil rencuentros probada,
contra las vidas alarbes
fatal segur de la Parca.

Sale, pues, tan orgullosa
la juventud castellana,
que á mirar su bizzaría
suspende el Duero sus aguas.

Los generosos caballos
marcial música compasan,
al son del hierro que imprimen
y al son del hierro que tascan.

Ya descubren de Gumiel
las ardientes atalayas,
y en los cultivados campos
las adultas mieses talan.

Sintiendo el rebato Hizán
presuroso se levanta
á los brazos de la muerte,
de los brazos de Daraja.

Daraja, deidad morisca,
de cuyo amor á las aras
seis años fueron de Hizán
servicios ofrendas vanas.

Al primer paso tropieza,
y requiriendo las armas,
herida la diestra mano,
con sangre el estrado mancha.

Túrbase la bella mora
con señales tan infaustas,
y de tan tristes acasos
tristes vaticinios saca.

Enmudécela el dolor;
pero una sola mirada
dijo de una vez más cosas
que dijeran mil palabras.

Cadenas hace sus brazos,
que el cuello de Hizán enlazan,
y de sus lágrimas tiernas
segundas cadenas labra.

Mas viendo el valiente moro
que hace ya en el campo falta
sus lágrimas reprimiendo,
así, al despedirse, la habla:

«No temas, Daraja bella,
que á los enemigos salga;
que á quien venció tus desdenes,
no habrá que resista nada.»

Salió al campo, y don Gutierre
al encuentro se adelanta,
y de los demás seguido,
la sangrienta lid se traba.

VICENTE G. DE LA HUERTA.

Seguidillas. Son estrofas de siete versos, tres heptasilabos y cuatro pentasilabos; de estos versos, el primero, tercero y sexto son libres, el segundo y cuarto asonantados, y asonantados también con diverso asonante el quinto y séptimo:

No me mires, que miran
que nos miramos
y verán en tus ojos
que nos amamos,
no nos miremos
que cuando no nos miren
nos miraremos.

Cuando subo á la huerta
de Mariquilla
se me hace cuesta abajo
la cuesta arriba.
Y cuando salgo
se me hace cuesta arriba
la cuesta abajo.

El confesor me dice
que no te quiera,
y yo le digo:—¡Ay, Padre!
¡Si usted la viera!..
Y ayer me dijo
haces bien en quererla,
que ya la he visto.

No quiero que te vayas,
ni que te quedes,
ni que me dejes sola,
ni que me lleves.
Quiero tan sólo...
pero no quiero nada,
lo quiero todo.

Cantares son poemitas que en treinta y dos sílabas métricas, y á veces en veinticuatro y menos, encierran una historia ó bien una observación profunda: empléase en ellos con preferencia el asonante:

Dicen que no nos queremos
porque no nos visitamos;
las visitas son de noche
para los enamorados.

Glorioso San Sebastián
traspasado de saetas;
¡qué no fuera tu alma mía
y tu cuerpo de mi suegra..!

Por ver á mi mare diera
un dedo desta mano,
er que más farta me isiera.

Vente conmigo,
vente á las retamitas
de los caminos.

Yo soy uno, tú eres una,
uno y una que son dos;
dos que debieron ser uno;
pero ¡no lo quiso Dios!

En la pila de la fuente
caen golpeando las gotas;
¡qué callandito que caen
las que la cara me mojan!

Anda y ve dile á tu madre,
si no me quiere por pobre,
que el mundo da muchas vueltas...
y ayer se cayó una torre.

Ya me faltó la calor
de mi padre y de mi madre;
en faltándome la tuya,
calor no tengo de nadie.

COMPOSICIONES VARIAS

LA CONFESIÓN

El confesor me dice
que no te quiera
y yo le digo ¡Padre
si usted la viera!

Dice que tus amores me vuelven loco,
que á mi deber no atiendo, que duermo poco;
dice que nuestras muchas conversaciones
en la aldea fomentan murmuraciones;
dice que no quererte fácil me fuera;

Y yo le digo ¡Padre
si usted la viera!

En vano le aseguro que eres tan pura
que hay que rezar delante de tu hermosura;
que eres gentil y airosa cual la azucena,
que nacen en tus labios nardo y verbena;
que son lluvia de Mayo tus blondos rizos
y que vivir ni puedo sin tus hechizos.
El me dice muy fosco que es gran quimera.

Y yo le digo ¡Padre,
si usted la viera!

Confesando que el alma tengo en tus ojos,
me dijo el Padre cura con mil enojos,
que un pecado tan grande no perdonaba,
y que si te quería me condenaba.

Ya entonces en amante dulce arreba to,
del pecho en que lo llevo saqué un retrato;
y el cura, al ver tu imagen, luz y alma mía
contemplándola absorto se sonreía.

—¡Esta sí que refleja santos amores!—
¡Creyó que era la Virgen de los Dolores!

¡No hay como ésta ninguna, qué luz destella!
Olvidado ya el cura de su corona,
dijo, abriendo los ojos, ¡linda persona!
Si es buena, cual hermosa, ¡que en paz te quiera!

Y yo le dije ¡Ay Padre,
si usted la viera!

EUSEBIO BLASCO.

DOLORAS

Sé que corriendo, Lucía,
tras mundanales anteojos,
has escrito el otro día
una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos.—

*Y aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

*¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
el corazón, lastimado
á dura cautividad,
si yo volviera á tu edad
y lo pasado, pasado!

*Por tus locas vanidades
¡que son, oh, niña, no miras
más amargas las verdades,
cuanto allá en las mocedades
son más dulces las mentiras!

*Y que es la tez seductora
con que el semblante se aliaña
luz que la edad descolora!
Mas ¡no me escuchas traidora
(¡Pero, Señor, si es tan niña!..)

«Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razón,
que en el tiempo que ha pasado,
ó habéis perdido, ó gastado,
las llaves del corazón.

«Si amor con fuerzas extrañas
á un tiempo mata y consueta,
justo es detestar sus sañas;
mas no amar, teniendo entraña,
eso es imposible, abuela.

«¿Nunca soléis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza á lucir,
cuando os viene á interrumpir
la felicidad de un sueño?

«¿Jamás en vuestros desvelos
cerráis los ojos con calma
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos,
allá en el fondo del alma?

«¿Y nunca veis en mal hora,
miradas que la pasión
lance tan desgarradora,
que os haga llevar, señora,
las manos al corazón?

«¿Y no adoráis las ficciones
que, pasando, al alma deja
cierta ilusión de ilusiones?..
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, Señor, si es tan viejal..)

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mía
el yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora,
pronto tempará tu afán.
—Mas siempre entonces, Señora,
buenos recuerdos serán
las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
—Más triste es el no sentido;
pues yo decir he escuchado
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.—
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, Señor, si es tan niña!..)
(¡Pero, Señor, si es tan viejal..)

R. DE CAMPOAMOR.

LA ALHAMBRA

Venid á mis voces doncellas hermosas
que holláis la ribera del Darro y Genil;
venid coronadas de sándalo y rosas,
más puras, más frescas que el aura de Abril.

Flotando á la espalda los negros cabellos,
los ojos de fuego, los labios de miel,
la túnica suelta, desnudos los cuellos,
cantando de amores, seguidme al verjel.

Amor resonaron las grutas del río;
Amor en las selvas cantó el ruiseñor;
Amor las montañas, el bosque sombrío,
la tierra, los cielos repiten *Amor*.

Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,
que ya de tres siglos la mano arruinó,
rodando en los muros de mármoles y oro
un sordo murmullo de *amor* resonó.

MARTÍNEZ DE LA ROSA

Oda:

LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que velando
la excelsa majestad en nube ardiente,
fulminaste en Siná? Y el impio bando,
que eleva contra ti la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ahora abandonado
¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas gimiendo el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
y su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
amor más poderoso que la muerte.
Por él de la maldad sobre la pena
el Dios de las virtudes, y el león fuerte
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay!, ¡quién podrá mirarte,
oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo,
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
á tu frente divina
cibió corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles;
al Santo perdonad, muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado;
si la impiedad os guía
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo
la víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado,
no expiación, fuera pena del pecado,
Que no, cuando del cielo
su cólera en diluvios descendía,
y á la maldad que dominaba el suelo,
y á las malvadas gentes envolvía,
de la diestra potente
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora:
el sol, amortecida la alba lumbre,
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
de su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
domador de la muerte y del averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
que en tu furor al mundo derramaste:
de la acerba venganza
que sufre el Justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
ya de la merte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente,

y su triste gemido
 oye el Dios de las iras complacido.
 Ven, ángel de la muerte:
 esgrime, esgrime la fulmínea espada,
 y el último suspiro del Dios fuerte,
 que la humana maldad deja expiada,
 suba al solio sagrado,
 do vuelva en padre tierno al indignado.
 Rasga tu seno ¡oh tierra!
 rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo
 yace el Criador; mas la maldad aterra,
 y un grito de furor lanza el profundo.
 Muere..... Gemid humanos:
 todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA

Epigramas:

¿Veis esa repugnante criatura,
 chato, pelón, sin dientes, estevado
 gangoso, y sucio, y tuerto, y jobado?
 Pues lo mejor que tiene es la figura.

Si al decorar tus salones,
 Fanio, á Mercurio prefieres,
 tienes á fe mil razones;
 que es Dios de los mercaderes,
 y también de los ladrones.

Pobre Geroncio, á mi ver
 tu locura es singular;
 ¿quién te mete á censurar
 lo que no sabes leer?

En un cartelón lei,
 que tu obrilla baladí
 la vende Navamorcuende...
 No ha de decir que la vende,
 sino que la tiene allí.

—Cayó á silbidos mi *Filomena*.
 —Solemne tunda llevaste ayer.
 —Cuando se imprima verán que es buena.
 —¿Y qué cristiano la ha de leer?

Tu crítica majadera
 de los dramas que escribí,
 Pedancio, poco me altera;
 más pesadumbre tuviera
 si te gustaran á ti.

Pedancio, á los botarates
 que te ayudan en tus obras
 ni los mimes ni los trates;
 tú te bastas y te sobras
 para escribir disparates.

L. F. MORATÍN.

Sáficos:

AL SUEÑO

Único alivio del mortal infausto,
 bálsamo dulce del herido pecho,
 ven, blando Sueño, y mis cansados ojos
 lánguido cierra!

Ven, y cobija con tus graves alas,
 Dios silencioso, mi apartado lecho,
 de amor un tiempo venturoso nido,
 mísero ahora.

Goce adormido en tus tranquilos brazos,
 al son del viento que las hojas mueve,
 ó al sordo ruido de lejana lluvia,
 plácida calma.

La hermosa imagen de mi dueño ausente
 miren mis ojos y mis brazos ciñan;
 y el dulce néctar de su dulce boca
 ávido beba.

Ni obscura sombra ni mortal gemido
 turben, ¡oh Sueño! mi feliz descanso,
 ni de mi frente en el beleño escondas
 áspero abrojo.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Dulce vecino de la verde selva,
 huésped eterno del abril florido,
 vital aliento de la madre Venus,
 céfiro blando.

Si de mis ansias el amor supiste,
 tú, que las quejas de mi voz llevaste,
 oye, no temas, y á mi ninfa dile,
 dile que muero.

Filii un tiempo mi dolor sabía.
 Filii un tiempo mi dolor lloraba;
 quisome un tiempo, mas agora temo,
 temo sus iras.

Así los dioses, con amor paterno,
 así los cielos, con amor benigno,
 nieguen al tiempo que feliz volares,
 nieve á la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,
 cuando amenace la elevada cumbre,
 toque tus hombros, ni su mal granizo
 hiera tus alas.

E. M. DE VILLEGAS.

TRADUCCIÓN DE LA ODA MALLORQUINA Á «HORACIO»
 DE COSTA Y LLOVERA

Príncipe afable de la docta lira,
 noble custodio de la forma bella,
 sabio que llevas de consejo y mirto
 doble corona.

Sufre, Maestro, que mi osada mano
 lleve á mi pueblo la que tú llevaste,

con tanta gloria, á la madre Roma,
 cítara lesbia.

Áspera y brava sonará en sus cuerdas
 griegas, la lengua de mi patria, dura,
 empero noble sonará, mi patria
 hija es de Roma.

Hija de Roma por la sangre y genio,
 fuerte y ardiente cual su madre antigua,
 guarda en sus tierras cual de gloria germen
 restos romanos.

Si, que admirado el labrador, en ellas
 mármoles, huesos y joyeles halla,
 yelmos, señeras, que de bronce ostentan
 la águila augusta.

Bella mi patria es además; viviera
 sin añoranza tu divina musa
 sobre esta tierra que, azulada ciñe
 mar de sirenas.

Isla es galana donde el sol de Grecia
 límpido brilla, y de ferviente savia
 pródigo ofrece, con la uva alegre,
 la ática oliva.

Deja, pues, Maestro, que sobre ella evoque
 clásicas formas; y tu bella musa
 pura, sin velo, sonreír serena
 vea mi patria.

Ahora que loca la invocada Furia
 fiebre á los vates inspirando, rasga
 la harpa llorosa y entre fango danos
 fuentes amargas;

¡Oh, cómo añora el corazón las claras
 dulces fontanas del Parnaso heleno!..
 Maestro, en tu bella cincelada copa
 deja que beba.

Deja que guste del sabor antiguo
 que hinche tus odas y que en ellas dura,
 cual rancio vino de Falerno, guardan
 ánforas bellas.

Néctar de vida, el corazón alienta,
 fiebre y delirio de embriaguez no causa,